

La traducción: balance del pasado y retos del futuro



Fernando Navarro Domínguez,
Miguel Ángel Vega Cernuda,
Juan A. Albaladejo Martínez,
Daniel Gallego Hernández y
Miguel Tolosa Igualada,
eds.

Historia de la traducción: reivindicación de un pasado ¿imperfecto?

Julio César Santoyo (jc.santoyo@unileon.es)

Universidad de León

Hace ya más de 2000 años, allá por el 55 antes de nuestra era, Marco Tulio Cicerón escribió un tratado sobre oratoria, *De oratore*, y en él dejó escrita una frase luego muchas veces repetida: *Historia vero testis [est] temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae...*, que en traducción a nuestro vernáculo actual puede sonar así: *Ciertamente, la historia es testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida...* Pocas veces algo ha sido tan rotundamente calificado y tan claramente elogiado.

Y, sin embargo, ¿a quién le interesa hoy la historia? Me temo que a muy pocos, lo que es una lástima, porque su desconocimiento es una de las causas, si no la causa, de muchos de nuestros errores en todos los órdenes de la vida. *Maestra de la vida*, llama Cicerón a la historia. Me gustaría en esta ocasión llamarla maestra también de traductores. Pero una maestra a la que esta generación parece haber jubilado. Y ello y no sólo en el ámbito traductor.

Un ejemplo. Hace pocas semanas entregaba yo a mis alumnos, 4.º curso de Filología, 20 o 21 años, un texto en inglés sobre Judas Iscariote para que me lo devolvieran traducido al castellano. Creía yo, incauto de mí, que el tema era suficientemente conocido, y suficientemente obvio el ámbito cultural en que el texto se desenvolvía. Pero mientras les entregaba las fotocopias con el original inglés me asaltó la duda y se me ocurrió preguntar: ¿Quién fue Judas, qué sabéis de él? (Repito, alumnos de 4.º curso, 20 o 21 años).

Un estudiante contestó:

—Uno de los doce apóstoles.

No era mucho, pero tampoco estaba mal. Seguí preguntando.

Uno dijo:

—El que lo entregó a Herodes [no es cierto: lo entregó a las autoridades religiosas judías].

Otro dijo:

—El que lo traicionó por veinte monedas de oro [no es cierto: fueron 30 monedas, y de plata].

Otro dijo:

—Al que Jesucristo anunció que lo traicionaría tres veces antes de que cantara el gallo [no es cierto: eso se lo dijo a san Pedro].

No les dejé seguir, claro, porque habrían acabado con Judas de centurión romano vigilando la carpintería de Nazaret mientras san José degollaba a los Santos Inocentes.

Lo cierto es que no tenían ni idea. Peor aún: tenían ideas, pero las tenían difusas, profundas y confusas. Desconocían la historia, en este caso la historia que narran los evangelios.

Pero ¿son esos estudiantes míos una especie única entre los universitarios españoles? Me temo que no; me temo que es una especie abundante, desde luego nada próxima a la extinción.

E incluyo en la especie a los estudiantes de traducción, a los que desde luego no culpo. No, la culpa no es suya. La culpa es nuestra, de los docentes, de los profesores, de los

investigadores, de quien queramos, pero no suya. Contamos en traducción con una historia más antigua, más rica y más interesante que la de cualquier otra rama del quehacer humano, pero la desconocemos casi por completo. Cuando todavía no había literatura épica, ya había traducción; cuando todavía no había historia, historia con mayúsculas, ya había traducción; cuando todavía faltaba mucho para que se escribieran las primeras comedias y tragedias, ya había traducción. Pero eso es algo que desconocemos por completo. Si yo preguntara aquí quién fue el primer traductor europeo de nombre conocido, no sé si muchas manos iban a levantarse para decir que fue Lucio Livio Andrónico, traductor del griego al latín en el siglo III antes de nuestra era. Si yo preguntara aquí dónde se conocieron primero en Occidente, en tiempos del propio san Jerónimo, las traducciones que éste estaba llevando a cabo en Belén, no sé si muchas manos iban a levantarse para decir que fue en Andalucía: en el año 397 Lucinio y Teodora, un matrimonio cristiano de la provincia romana de la Bética, enviaron a Belén seis escribanos para que sacaran copia de las traducciones y otros escritos de san Jerónimo. Allí estuvieron un año y regresaron a la Península, como escribe el propio san Jerónimo, con «todo cuanto yo

he escrito desde mis días de juventud hasta hoy».

¿Qué es lo que está ocurriendo? Algo muy simple. La historia de la traducción ha desaparecido de la mayor parte de los planes de estudio de nuestras universidades, que, como dijo Machado, desprecian lo que ignoran. He repasado en detalle el plan de estudios de tres universidades, dos públicas, Autónoma de Madrid y Las Palmas, y una privada, Europea de Madrid. Hay en esos planes Lengua I, II, III, IV, V..., hay teoría de la traducción, y prácticas, laboratorio, documentación, informática, entorno profesional, civilización y cultura, instituciones, lingüística, terminología, seminarios, proyecto fin de carrera..., pero no hay historia de la traducción, ni siquiera como asignatura optativa; no se enseña, ni se aprende, la historia de la disciplina que están cursando esos estudiantes. Para ellos no existe el pasado, quizá porque alguien ha pensado por ellos que el pasado es irrelevante. ¿Irrelevante?

El resultado, me temo, es que, envueltos en un complejo corpus de teorías pasajeras, en una complicada variedad de actividades con vistas a una profesión cuasi industrial, colectivizada en buena parte y en muchos aspectos mecanizada..., me temo, digo, que esos estudiantes van a acabar siendo analfabetos culturales en

lo que a su propia profesión se refiere.

*

Claro que la pregunta es: pero ¿puede hoy enseñarnos algo la historia de la traducción? La pregunta no es baladí, cuando tanto acento se pone hoy en los equipos humanos, en los medios informáticos, en las bases documentales y en sólo Dios sabe cuántas cosas más de las que carecieron los traductores del pasado.

Lo cierto es que algo sí puede enseñarnos la historia de la traducción: aparte de ilustrarnos sobre lo ocurrido en nuestra profesión en el pasado, algo en sí nada desdeñable, el conocimiento de esa historia puede enseñarnos, entre otras, y sobre todo, tres importantes lecciones: la primera, no descubrir Mediterráneos ya descubiertos; la segunda, corregir graves errores que vienen transmitiéndose de generación en generación; la tercera, mirar con respeto, y hasta con admiración, a nuestros antepasados traductores, y ello a pesar de lo imperfecto que su trabajo pudo haber sido, y que de hecho fue.

*

Lección primera: no descubrir Mediterráneos ya descubiertos.

Nullum est iam dictum quod non dictum sit prius. La frase la escribió Terencio en torno al año 161 antes de nuestra

era, en el prólogo a su comedia *Ennuchus*, y tiene en castellano una equivalencia directa, diríamos que incluso literal: «Nada queda por decir que no se haya dicho antes». Si la trajéramos a nuestros días y la aplicáramos a los estudios de Traducción, cabría reformularla en parecidos términos: «Nada queda por decir sobre la traducción que no se dijera ya en tiempos clásicos y medievales».

Ciertamente, sigue siendo válida la opinión de T. R. Steiner en su obra de 1975 *English Translation Theory 1650-1800*: «In the Middle Ages and early Renaissance, there was no theory of translation, literary or any other kind; translation itself could not be defined with certainty». Y sin embargo, aun sin teoría, ni literaria ni de cualquier otra clase, la reflexión traductora que se extiende a lo largo de toda la Edad Media contiene ya en ciernes, y a veces *in extenso*, las respuestas a muchas de las preguntas que todavía hoy siguen haciéndose los estudiosos de esta disciplina. Y ello hasta tal punto que, con Terencio, uno siente la tentación de decir: «Nada queda por decir que no se haya dicho antes».

Un ejemplo: ¿de quién es, o a quién pertenece el texto traducido? La polémica aún no se ha resuelto, ni siquiera en sus aspectos legales. Pero en cambio, Eusebio Jerónimo, san Jerónimo para los cristianos, ya daba una respuesta en los albores del si-

glo v. Era el año 406. El obispo Teófilo había escrito un texto en griego y le había pedido a san Jerónimo que lo tradujera al latín. San Jerónimo se lo devuelve traducido, efectivamente, y con su versión latina va una carta en la que le dice: «Recibe, pues, tu libro, o más bien el mío, o para decirlo más exactamente, el nuestro». La respuesta a la pregunta de líneas arriba es sorprendentemente clara, concisa y contundente; san Jerónimo no tiene dudas al respecto: es tu libro, sí; pero ahora también es el mío; así que dejémoslo en «nuestro libro»: tú lo escribiste en griego, pero esta versión latina la he hecho yo, de mis manos ha salido, sin mí no existiría.

Sobre la dificultad (o incluso imposibilidad) de traducir la poesía, los pronunciamientos han sido siempre bien claros, y es posible que, por repetidos, puedan sonar a tópicos, y quizá hasta axiomáticos. No hace falta siquiera llegar a los primeros siglos del Humanismo y Renacimiento. Ya Beda el Venerable, primera mitad del siglo VIII, consideraba que «aunque se haga de un modo perfecto, la poesía no se puede traducir con fidelidad de un idioma a otro sin que pierda mucho de su carácter y belleza».

Un siglo más tarde, en torno al año 830, Abû Utmân al-Jâhiz amplía la opinión de Beda, en total coincidencia con el monje inglés:

Si se traduce la poesía —dice—, se destruye... Como manifestación literaria resulta intranferible, nunca universal y siempre ligada a la lengua en que ha sido escrita... No se puede ni se debe traducir la poesía, porque al hacerlo desaparecen la música, la medida y la estructura poéticas, se esfuma toda su belleza, y nada queda digno de admiración: de hecho, la poesía traducida acaba convertida en prosa...

Y Dante, ca. 1305, en una cita más breve y muy repetida:

Ninguna cosa armonizada por el enlace de las musas se puede traducir de una lengua a otra sin romper toda su dulzura y armonía.

Aun consciente del inconveniente de insistir, no me resisto a incluir, también a este respecto, un comentario no tan conocido de Alonso de Madrigal *el Tostado*, año 1451:

Dificultad es de cualquier lengua en otra interpretar... Empero, muy mayor [dificultad] es interpretar libros de verso en verso, ca si el verso se tornare en prosa, no será mayor trabajo interpretar libro de prosa que de verso; mas si en verso se torna, queda grande trabajo... Y la razón es porque los versos tienen cierta cantidad de sílabas, o siquiera de pies, allende de los cuales no se pueden los versos extender, ni aquende se pueden acortar. En la prosa no hay medida alguna determinada, por lo cual, aunque más larga o más breve sea la escritura interpretada que la original, no es por eso vicio noble..., mas en el verso no se puede hacer, ca todos los versos consisten en cierta medida de sílabas o pies, y añadiendo o quitando algo no queda verso, o será otro linaje de versos...

¿Queda algo nuevo que añadir? Si de la poesía volvemos la mirada al escaso o nulo reconocimiento del trabajo del traductor y a la magra recompensa que obtiene, bastará recordar las palabras —tan modernas, tan de hoy mismo— del humanista italiano Leonardo Bruni, primer decenio del siglo xv, cuando le remite a su amigo Coluccio Salutati su traducción latina de la *Vida de Marco Antonio*, de Plutarco:

No ignoraba yo —dice— que asumía una tarea que representa el colmo de la fatiga y que carece de todo agradecimiento, equivocadísima como está la opinión de casi todo el mundo. Porque, ¿es que hay alguien que, al leer estas traducciones, no atribuya al autor primero todo lo que en ellas aparece muy bien dicho, mientras considera a su vez que todos los defectos son culpa del traductor? Cuando en la lectura se halla algo acertada o excelentemente dicho, al punto se alaba al autor griego, cuya elocuencia es tal [dicen] que ni siquiera en la traducción pierde su encanto; nadie en tales elogios se acuerda del traductor. Y al contrario: si el lector se topa con algo tosco, o inadecuado, o poco claro (cosa que a menudo resulta inevitable), entonces nadie se acuerda del autor primero, sino que todo se considera culpa del traductor. De lo que resulta que todo el elogio es para el autor, y toda la crítica para el traductor. No es extraño, pues, que en condición tan desigual nadie en su sano juicio quiera ponerse a traducir. Aunque todos lo reconocen, y hasta algunos sobre ello han escrito, sin embargo quienes de verdad sienten el mucho trabajo que esta tarea encierra son sobre todo los que a ella se dedican. Del trabajo

no me quejo, porque no es precisamente algo que rechacemos quienes nos dedicamos al estudio; me quejo únicamente de que no haya premio alguno para esta tarea, y de que se la considere, como a otras muchas, de manera tan absolutamente injusta...

¿La palabra o el sentido?, ¿*verbum* o *sensum*? ¿Cuál de los dos ha de primar? ¿Quién puede añadir un ápice más de sensatez a lo ya dicho por Maimónides, año 1199, en la única regla traductora que le propone a Samuel ben Tibbon?:

El traductor que pretenda verter literalmente cada vocablo y apearse servilmente al orden de las palabras y frases del original topará con muchas dificultades y el resultado presentará reparos y corrupelas. No es ése el método adecuado. El traductor ha de aprehender primero todo el alcance de la idea y reproducir después su contenido con suma claridad en el otro idioma. Pero esto no puede llevarse a cabo sin alterar la disposición sintáctica, sin usar de muchos vocablos donde sólo había uno, o viceversa, y sin añadir o suprimir palabras, de tal manera que la materia resulte perfectamente inteligible en la lengua a la que se traduce.

Si hablamos de la doble vía traductora (domesticación/extranjerización) propuesta por Schleiermacher, luego copiada por Ortega y Gasset y modernizada por Lawrence Venuti, nada hay como releer lo que respecto de la «domesticación» escribía ca. 1444 Jorge de Trebison-

da en los comentarios a su propia traducción al latín de la *Retórica* de Aristóteles:

A veces no resulta ajeno al oficio del traductor que arrime a su propia mentalidad algunas cosas que en modo alguno alteran el sentido del autor, y puede que incluso resulte necesario hacerlo así. Tal es el caso, por ejemplo, de los preceptos de la elocución, que Aristóteles acomoda a la idiosincrasia griega, es decir, a la lengua griega; fue preciso que nosotros sustituyéramos lo griego por lo latino, por lo que hemos cambiado sus preceptos elocutivos, de índole griega, por otros de condición latina. Lo mismo hemos hecho en otros momentos en los que nos ha molestado la aspereza de un término. Así, cuando Aristóteles menciona a unos individuos y el nombre propio que él les da en griego les resulta duro de pronunciar a los latinos, nosotros lo hemos puesto en latín, conformándolo a nuestra propia mentalidad, sin por ello preocuparnos de críticas infundadas...

En fin, que como dijo Terencio hace ya demasiados siglos, «nada queda por decir que no se haya dicho antes». Pero conviene saberlo. Y tenerlo bien en cuenta, porque en Traducción todos corremos el peligro de reinventar cualquier día la rueda o de volver a descubrir el Mediterráneo. Un peligro que nos acecha por desconocer, precisamente, la historia de este quehacer nuestro que es la traducción.

En un artículo publicado en 1977 el prof. Robert Stanton escribía: «It

is a truism that medieval translators do not talk much about what they do, they simply do it» [«Es más que evidente que los traductores medievales no hablan mucho sobre lo que hacen; se limitan a hacerlo»]. Me temo que semejante afirmación resulta ser de lo más desafortunada, por desacertada. Eusebio Jerónimo, Rufino de Aquileia, Hunayn ibn Ishaq, Otfrid de Weissenburg, Burgundio de Pisa, John Trevisa, John Purvey, Alonso de Madrigal, Leonardo Bruni, Alonso de Cartagena, Giannozzo Manetti, Niklas von Wyle y otros muchos..., fueron todos traductores y todos ellos hablan mucho sobre la tarea que tienen entre manos, además de llevarla a cabo. De hecho, la mayor parte de las reflexiones clásicas y medievales sobre la traducción derivan de la actividad de los propios traductores. El *truism* [más que evidente] de Stanton no es tal. Y ello a pesar de que la suya es una creencia ampliamente compartida por críticos e historiadores del periodo. En fechas más recientes, por ejemplo, María Morrás iniciaba un estudio sobre el debate entre Alonso de Cartagena y Leonardo Bruni con frase similar a la de Stanton, si bien no tan rotunda: «No son muchas las ocasiones en que los traductores medievales dejaron por escrito una auténtica reflexión sobre su quehacer...».

Pues sí, sí son muchas: decenas y decenas de reflexiones. Pero, claro,

esto es algo que sólo se sabe si se sabe historia...

*

Lección segunda: corregir graves errores que vienen transmitiéndose de generación en generación.

Tomo una historia de la traducción bien conocida, la *Petite histoire de la traduction en Occident*, de un historiador de la traducción también bien conocido, Henri van Hoof, y leo:

A partir de 1135 el arzobispo Raimundo de Toledo, [que lo fue de] 1125 a 1155, funda un Colegio de Traductores, verdadera escuela donde se imparten cursos y donde, durante más de siglo y medio, italianos, franceses, ingleses, judíos y flamencos van a ilustrarse, al lado de los españoles, en una gigantesca empresa de traducción bajo el patrocinio de la Iglesia...

No es cierto: no hay el menor documento que testimonie tal fundación; no hay ni un solo documento que testimonie que hubo un «colegio de traductores» en Toledo, ni una «escuela», verdadera o falsa, ni por lo tanto hubo cursos que en ella se impartieran, ni el arzobispo Raimundo falleció en 1155, sino tres años antes, en 1152, ni fue la Iglesia, en fin, quien durante más de siglo y medio amparó la labor traductora; si ya este último dato resulta de lo más incierto y cuestionable durante el siglo XII, carece de toda verosimilitud por lo que respecta al siglo XIII, a menos que Henri

van Hoof considere a Alfonso x el Sabio miembro de la jerarquía eclesiástica...

Y sigo leyendo en van Hoof:

El monje francés Pedro el Venerable... tradujo el Corán en el año 1139... Roberto de Chester da una nueva traducción del Corán entre 1141 y 1143, junto con Hermann de Carintia...

No es cierto: Pedro de Montboisier, conocido como Pedro el Venerable, abad de Cluny, nunca tradujo el Corán, ni en 1139 ni en otra fecha alguna; entre otras razones, porque desconocía la lengua árabe. El inglés Roberto de Chester no hizo, por lo tanto, una nueva traducción del Corán, hizo la primera traducción, en una población a orillas del Ebro, quizá en Tudela, o en Nájera, y no en 1141, sino en la segunda mitad de 1142 y primeros meses de 1143. Y, por cierto, la hizo solo, no —como dice van Hoof— «junto con Hermann de Corintia».

En otro lugar, y en otro momento, al trazar un breve resumen de la traducción en España, van Hoof alude a la personalidad literaria del marqués de Santillana, Íñigo López de Mendoza, a su rica biblioteca y a los estudiosos a los que encargó varias traducciones; y termina con el siguiente comentario: «Él mismo tradujo del latín varias poesías de Horacio, que marcaron la entrada [de este poeta] en la literatura

[española], y [tradujo] *La Eneida* de Virgilio, *Las metamorfosis* de Ovidio y las tragedias de Séneca...».

No es cierto: es bien conocido, por testimonios del propio Santillana y de varios colaboradores suyos, que el marqués no sabía latín, ni para leerlo, ni mucho menos para traducir a Horacio, Ovidio, Virgilio o Séneca. De modo que él mismo no tradujo las obras que van Hoof indica.

Ni les cuento ya, claro, los errores que, en lo que respecta a España, uno encuentra en un libro tan conocido como el publicado en 1995, bajo los auspicios de la UNESCO, con el título de *Translators through History*; valga como ejemplo que al traductor del siglo XII Hugo de Santalla, que trabajó en la población aragonesa de Tarazona, en ese libro lo rebautizan como Hugo de Santillana y lo reubican en la mediterránea Tarragona...

En la *Routledge Encyclopedia of Translation Studies*, publicada bajo la dirección de Mona Baker, se dice al hablar de la tradición traductora española que, en el siglo XV, «Paulo Orosio tradujo la *Ética* de Aristóteles del aragonés al castellano». Pues bien: habría sido un auténtico milagro que Paulo Orosio, historiador eclesiástico de finales del siglo IV, principios del siglo V, tradujera esa obra en el siglo XV, cuando ya llevaba enterrado más de mil años; la *Ética* de Aristóteles se

tradujo al castellano, sí, pero tal versión no es de Paulo Orosio, sino del Príncipe de Viana.

Y es que así se va haciendo la historia de la traducción, precisamente por desconocer la historia de la traducción.

*

Lección tercera: el respeto, y hasta la admiración por nuestros antepasados traductores, acertaran o no en su tarea.

Veamos en detalle un caso al que ya he aludido.

Primeros decenios del siglo XII, año 1130, año arriba año abajo. Un joven inglés, de nombre Roberto, y un joven originario de Carintia, o de Dalmacia, en el Adriático, de nombre Hermann, se conocen en las escuelas catedralicias de Chartres y París, y se hacen amigos. Terminados sus estudios, se echan la mochila al hombro y juntos recorren Francia, Italia, Grecia hasta Constantinopla, y llegan por fin a Damasco donde pasan una larga temporada estudiando la lengua árabe. Regresan luego por mar a Europa, desembarcan en la Península y fijan su residencia, al menos temporal, en un lugar impreciso de La Rioja, o de la ribera navarra, «circa fluvium Hiberum», cerca del río Ebro, Tudela con toda probabilidad. Allí, a partir de 1138, los dos amigos, Roberto y Hermann, comienzan a

traducir textos árabes al latín, sobre todo de astronomía y astrología. Allí los encuentra el abad de Cluny, Pedro el Venerable, que estaba visitando los monasterios que de su orden tenía en la Península. Allí les pide que le traduzcan al latín varios textos islámicos, entre ellos el Corán, textos hasta entonces desconocidos por la cristiandad europea. Los dos amigos no quieren, son otros temas los que les interesan, pero el abad acaba convenciénolos *multo pretio*, a cambio de buen dinero.

Roberto y Hermann comienzan a traducir, del árabe al latín, los varios textos que el abad les había solicitado. Sobre el inglés Roberto recae la tarea mayor de traducir el Corán, tarea que empieza a mediados de 1142 y que va a durar doce meses, hasta julio de 1143; es un trabajo «a pelo»: no hay diccionarios, no hay traducciones previas en las que apoyarse, no hay nada de nada, aunque cuentan con la ayuda de un mozárabe, Pedro de Toledo, y de un sarraceno, Mohamed. Comenzado el trabajo, todavía en 1142, Roberto y Hermann se separan. Hermann se traslada a León, donde terminará dos de los encargos del abad, luego pasará al sur de Francia, y ya no se vuelve a saber de él. Roberto sigue en Navarra, donde ese mismo año de 1143 consta ya como arcediano de la catedral de Pamplona. Allí tradujo en los años siguientes

un libro sobre alquimia, el primero que conoció Occidente, y también el *Álgebra* de al-Khwarizmi. Fue capellán principal del rey navarro, García Ramírez, asistió en Barcelona al testamento de la reina Petronila, viajó a Roma, tuvo serias trifulcas con el obispo de Pamplona, don Lope, al que llegó incluso a acusar de homicidio, y terminó su vida como canónigo de la iglesia de Santa María, en Tudela. Por su compatriota Richard Hakluyt sabemos que falleció y fue enterrado en Pamplona, probablemente en la catedral de la que había sido arcediano.

506 Cuando a mediados de 1143 Roberto termina la traducción del Corán, escribe un prólogo justificativo, en el que da testimonio de una actuación escrupulosa («sin quitar nada —dice—, sin cambiar nada, salvo lo necesario para la mejor comprensión de la obra»). Si ésta fue la intención primera, el texto traducido lo desmiente, como unánimemente ha señalado la crítica, y ello desde hace siglos. La suya es una mala traducción, y ello tanto desde los parámetros críticos de hoy en día como desde los de siglos anteriores. Cuando a mediados del siglo xv Juan de Segovia se hizo con un ejemplar de esta traducción, pudo escribir después de estudiarla a fondo: «Cognoui equidem aperte translationem primam defectuosam in multis». Los estudios de nuestros

días no hacen sino confirmar esa condición defectuosa *in multis*. Martín Duque estima que Roberto de Chester corrigió «sin escrúpulo..., modificando la sintaxis y hasta el sentido del original»; Richard Lemay nos recuerda que tanto Robert de Chester como Hermann de Carintia admiten sin ambages su desagrado por la prolijidad de la lengua árabe y su inclinación a recortar de forma drástica la largura de las frases, «y a veces hasta la propia materia del original árabe»; y todavía en una reciente evaluación crítica de la traducción latina del Corán, Martínez Gázquez considera que

con relativa frecuencia encontramos la supresión de algunas aleyas o versículos en su totalidad...; otras veces ha realizado esta supresión englobando su contenido en un texto que comprende dos o más aleyas dentro de una frase general de amplio sentido que encierra en un resumen muy abreviado varias aleyas...; la división de las suras en el texto latino no se corresponde con la división aceptada en el texto original; encontramos un número mayor de divisiones de las suras más extensas, a las cuales se han puesto títulos propios, las más de las veces sesgados, probablemente sacados de los prejuicios ante la doctrina y las costumbres islámicas...

Alguna crítica de parecido cariz ya esperaba el propio traductor, porque no desaprovecha la ocasión del prólogo para dejar constancia de una contundente justificación:

Si alguien me acusa, aunque quizá justamente, de tosquedad y de desorden en las cosas y en las palabras, vivamente le ruego que deje de hacerlo, pues ha de saber que nunca fue mi propósito cubrir de flores el veneno ni de oro lo que es vil y abyecto.

Pues bien, con todas esas imperfecciones y con algunas más, Roberto de Ketton, o de Chester, ha pasado a la historia como el primer traductor del Corán a una lengua europea, el latín en este caso, y su traducción, lo creamos o no, para bien o para mal, fue enormemente influyente en el concepto europeo del Islam durante toda la Edad Media y Edad Moderna, al menos hasta comienzos del siglo XVIII, utilizada y citada por autores de la más variada índole cuando de una u otra manera escribían sobre el Islam, Mahoma o el Corán; entre otros, Vicent de Beauvais, Juan de Torquemada, Nicolás de Cusa, Dionisio el Cartujano, Jacopo da Voragine, Paolo Giovio, Ricoldo da Monte Croce, san Alberto Magno, Jorge de Hungría, Juan Alfonso de Segovia... A mediados del siglo XV se sabía de copias manuscritas de esta traducción del Corán en lugares tan apartados como Basilea, Constantinopla, Rohr (en la Baja Baviera), Colonia y Roermund, cerca de Lieja. En 1543, exactamente 400 años después de que Roberto la concluyera, su traducción conoció también edición impresa en Basilea,

en la imprenta de Theodor Buchmann: *Machumeti Saracenorum principis eiusque successorum vitae ac doctrina, ipseque Alcoran...*

*

¿Un pasado, pues, imperfecto, este del que Roberto y Hermann han servido de ejemplo? Sí, claro que tenemos a nuestras espaldas un pasado imperfecto; tan imperfecto como cualquier quehacer humano que se lleve a cabo sin las herramientas adecuadas, o simplemente sin ninguna herramienta, que también es mérito, y no poco. Piensen de nuevo en san Jerónimo, santo patrono de los traductores. En su escritorio y conventículo de Belén, san Jerónimo no tenía ordenador (por más que, hermoso anacronismo, así aparezca en la portada de este volumen), ni tampoco diccionarios; a pesar de lo cual tradujo del griego y del hebreo al latín una obra de Dídimo, otra de Eusebio de Cesarea, 69 homilías de Orígenes y, sobre todo, la Biblia entera, los libros canónicos del Antiguo Testamento —imaginen qué empresa fue ésa— y la revisión de la traducción *vetus*, o vieja, del Nuevo Testamento. Qué duda cabe, sus traducciones no fueron, ni mucho menos, perfectas. Abundan en errores, a pesar de lo cual han moldeado de arriba abajo, durante quince siglos, la cultura de Occidente, incluidas las propias len-

guas que hoy hablamos. De hecho, se han computado miles de errores en la versión vulgata del Nuevo y Antiguo Testamento, si bien la inmensa mayoría de ellos en apenas nada modifican el sentido del texto bíblico. Claro que no siempre era ése el caso. Eusebio Jerónimo cayó también en errores, digamos, «gruesos» de traducción que estaban en boca de todos, y que siguen estándolo hoy en día, siquiera sea ya a título anecdótico. Con el corolario añadido de que muchos de ellos han entrado a formar parte de nuestra cultura.

Quizá uno de los más comentados sea el de los cuernos con que Moisés aparece muchas veces representado, incluida la famosa estatua del Moisés de Miguel Ángel, cuernos que derivan de una mala traducción latina del original hebreo. Se lee en el libro del Éxodo (34:29-35), texto original, que cuando Moisés descendió del monte Sinaí tras haber recibido las tablas de la Ley, «rayos de luz salían de su rostro». Su rostro resplandecía. Hay dos palabras hebreas, *kaeran* y *karan*, que significan, una cuernos, otra resplandor, brillo. Eusebio Jerónimo las confundió, tomó una por otra, y en apenas siete versículos tres veces traduce mal el término: «Moyses... ignorabat quod cornuta esset facies sua (vers. 29)», «Videntes autem Aaron et filii Israël cornutam Moysi faciem (vers. 30)», «Videbant faciem egredientis

Moysi esse cornutam (vers. 35)». Lo que sin duda resulta bastante alejado del original, y chocante. La consecuencia es que la frente de Moisés aparece agraciada con tales «adornos» en numerosas pinturas y esculturas medievales y renacentistas, incluida la ya citada de Miguel Ángel o las vidrieras de las catedrales de Chartres y de Nôtre Dame de París.

Al escribir Pablo de Tarso a los efesios sobre la unión entre hombre y mujer, 5:31-32, define en griego tal unión con el término *müstérion* (*to müstérion touto mega estín*); en vez de traducir *müstérion* por *mysterium*, Eusebio Jerónimo lo tradujo por *sacramentum*: en consecuencia, el matrimonio ha venido siendo considerado como un sacramento, cuando el autor sólo hablaba de ello como de un «misterio». En las antiguas versiones españolas de Petisco y Torres Amat, que traducen directamente de la Vulgata, se sigue leyendo: «Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se juntará con su mujer, y serán los dos una carne: sacramento es éste grande...». En cambio, en las modernas traducciones, corregido ya el error, se lee: «Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne: gran misterio es éste...».

Errores, como se ve, de bulto y grueso calibre. Pero san Jerónimo sigue siendo san Jerónimo, y junto con

Hunayn ibn Ishaq en el siglo IX, y con Gerardo de Cremona en el siglo XII, uno de los «tres grandes» de la historia de la traducción, que es tanto como decir de la historia de la cultura.

*

Claro que a veces uno piensa: ¿realmente hemos cambiado tanto?, ¿es hoy la traducción mucho mejor que hace quince, ocho o cuatro siglos? Ciertamente aquellos traductores del siglo XII carecían de todo tipo de obras de consulta: eran el texto y ellos, y en todo caso un informante nativo al que recurrir si se daba el caso. Hoy no, hoy contamos con toda clase de materiales, una plétora de diccionarios bilingües y monolingües, etimológicos, sintácticos y fraseológicos, especializados por campo, ciencia o actividad, en papel y en formatos electrónicos on-line, y thesauros, y corpus paralelos, y bases de datos, y sistemas de traducción automática, semiautomática y asistida, y una preparación específica de cuatro o cinco años, y toda la bibliografía que queramos sobre teoría, práctica y didáctica de la traducción (sólo en España, y desde el año 2000, siete años, se han publicado más de 200 libros sobre traducción)... Pero, y con todo y con todos esos medios y posibilidades de consulta, repito mi pregunta: ¿se traduce hoy mucho mejor que en aquellos siglos ya lejanos? Así debería

ser. Pero ¿es así? Uno, que es curioso, contempla el panorama general de la traducción, dentro y fuera de nuestro país, y a uno le entran dudas de que la situación sea hoy mucho mejor de lo que fue hace quince siglos...

En el último programa de fiestas de mi ciudad, León, una cafetería de cuyo nombre no quiero acordarme, detallaba su menú del día en español y en inglés: entre los segundos platos a elegir bonito con tomate, traducido allí al inglés como *nice with tomato*.

En el libro de Hugh Kearney *Las Islas Británicas: una historia de cuatro naciones*, traducido del inglés por Irene Macías y publicado en 1996 nada menos que por Cambridge University Press, se traduce el nombre de William of Orange como Guillermo de Naranja, ignorando que la historiografía española siempre lo ha denominado, correctamente, Guillermo de Orange.

En la versión castellana de la novela de Boris Vian *Escupiré sobre vuestra tumba*, publicada en Barcelona en 1992, Jordi Martí traduce en la página 144: «Me parece que el whisky empezaba a hacer su efecto. Conducí otros ochenta kilómetros en silencio». No cabe duda que el whisky había empezado a hacer su efecto, pero en la gramática del traductor.

La biografía de Leonor de Aquitania, del historiador francés Jean Markale, se publicó en España en 1992, en traducción de Cristina Peri-Rossi.

Peri-Rossi es escritora, novelista, poeta y no sé cuántas cosas más. Pero no debería haber traducido esta obra, en la que habla de los sacerdotes o curas de campaña (en vez de curas rurales), de una situación paradójica (en vez de paradójica), de una niña, hija adúltera de Leonor de Aquitania (en vez de hija ilegítima; la adúltera fue su madre); y habla la traductora de una armada que cruza toda Europa central hasta Constantinopla, ignorando que en francés *armée* es ejército, y haciendo por lo tanto, ¡oh milagro!, que una flota de barcos de guerra, que tal cosa es una armada, atravesase por tierra el continente europeo.

Hace unos años se presentó en un congreso internacional sobre entomología una ponencia sobre un insecto recientemente descubierto en el desierto de la Baja California, ponencia presentada en inglés y luego impresa y publicada en inglés y en traducción española en las correspondientes actas; pues bien, en esa ponencia la frase «Little is known of the larvae and host plants of the genus», que quiere decir simplemente «Poco se sabe de las larvas y de las plantas [en las que vive] este género [de insectos]», viene traducida al español como «No mucho se sabe de las larvas y plantas de hostias del género».

Y en este libro que tengo en la mano, *Le avventure di Giuseppe Pignata*, traducido del italiano por Francisco

Martín y publicado en Barcelona por Muchnick Editores, por tres veces, en cubierta, en portada y en el colofón, se repite el mismo título: *Cómo fugué de la cárcel de la Inquisición*; ignorante el traductor (y el editor, claro) de que en español de España *fugar* es un verbo pronominal.

Yo les aconsejo que no compren el libro titulado *La papisa Juana*, de Emmanuel Royidis, traducido del inglés por Estela Canto, porque en tal traducción encontrarán frases del estilo de: 1. Byron es de lejos el mayor poeta de este siglo (comentario: supongo que de cerca ya no lo es tanto, por la probable miopía de la traductora); 2. El (río) Tíber desbordó sus bancos (comentario: en inglés *bank* es orilla, o ribera, de modo que lo que el río Tíber desbordó en esta traducción tuvo que ser el equivalente romano del Santander, o del Banco Popular o del Bilbao-Vizcaya). Y así todo el libro...

Tampoco compren en Alianza Editorial el libro de Royston M. Roberts Serendipia: *Descubrimientos accidentales en la ciencia*, porque, aparte de estar lleno de pasivas y de faltas de concordancia, y de escribir *azaña* sin hache (el nombre común, no el apellido del que fuera presidente de la República), y de estar lleno de erratas y de calcos del inglés, acumula palabros inexistentes, del estilo de *impredictible*, *alquilación*, *pillajear* y *deposición*.

En un viaje reciente a Nueva York compré una tarjeta para el metro, que venía acompañada por un folleto explicativo en español. ¿Explicativo? Leo:

El metrocárd puede llevarle a todos los lugares famosos en la ciudad entera. Y, con una tarjeta ilimitada del paseo, usted puede saltar los subterráneos por intervalos del tránsito de New York City y los autobuses locales tantas veces como usted tiene gusto es todo el día. Cuanto el más rápido, menos manera costosa de ver que.

El que usted Puede elegir todo de metrocards ilimitados del paseo del serval, incluyendo nuestro paso de un día de la diversión y nuestro metrocárd ilimitado de siete días del paseo.

Usted puede comprar merocárd en muchos hoteles, la convención de Nueva York y la oficina de los visitantes (7ma avenida 810 en la 51.a calle), el museo del tránsito de Nueva York en las alturas de Brooklyn, y en la galería y el almacén del museo en el terminal central magnífico. Usted puede también comprar la en las máquinas de venta de la estación del subterráneo con su tarjeta del debe o de crédito, o efectivo...

¿Hace falta seguir? ¿Dónde están, en estos y en otros miles de casos de nuestros días, los tres requerimientos básicos del traductor que ya citaba a finales del siglo IX el traductor árabe Ahmed ibn Yusuf?: «Es menester que, además de haber alcanzado un conocimiento más que sobresaliente en las dos lenguas, la que traduce y a la que traduce, el traductor domine también la materia que traduce».

¿Y nos atrevemos a criticar hoy a san Jerónimo, a Roberto de Chester o al lucero del alba que hace quinientos, ochocientos o mil años se equivocaron al traducir esta o aquella frase? Quizá no los criticaríamos tanto, y los admirásemos más, si supiésemos más historia de la traducción. Esa historia, maestra de la vida, que ya hemos jubilado de muchas de nuestras facultades, pero que deberíamos recuperar lo antes posible, porque tiene mucho que enseñarnos, y nosotros muchas lecciones que aprender, además de las tres hoy citadas. Y ello a pesar de que ahora somos licenciados, y hasta doctores en traducción, y nos creemos en la cresta de la ola, y nunca los hubo mejores..., ¡ay, si san Jerónimo nos oyera!

De todas las maneras, quien les habla, alguien a quien el paso del tiempo ha vuelto algo escéptico porque mira ya las cosas con bastante perspectiva, no puede menos de recordar a Benjamín Jarnés y reconocer que quizá no le faltaba razón cuando, escéptico también él, se permitía discrepar de Cicerón y sentenciaba: «La historia no es la maestra de la vida: [porque] nadie escarmienta».

Quizá la historia de la traducción no acabe nunca siendo maestra de traductores, porque, es verdad, nadie escarmienta.

¿O sí nos queda todavía tiempo para escarmentar?